

ofrecía una alternativa capitalista al Estado absolutista y a la sociedad feudal, el neoliberalismo del siglo xx es una reacción conservadora contra el Estado keynesiano y la sociedad del bienestar. Las políticas de austeridad están dirigidas a los recursos y capacidades del Estado y a los salarios de los trabajadores, y no a las transferencias multimillonarias que se han hecho a los grupos financieros. Con ello se han sustraído de la economía real enormes recursos que minan el bienestar de la población y la demanda agregada en tanto que palanca de crecimiento económico y de generación de empleo. De este modo, los países entran en números rojos y, en lugar de recaudar más a través de impuestos a las altas rentas y al sector financiero, deben hacer frente a los condicionamientos de ajuste del Fondo Monetario Internacional y del Banco Central Europeo, así como a las crecientes tasas de interés, de forma que contraen nueva deuda. Todo ello explica en gran parte que Europa no solo esté estancada económicamente desde hace un año, sino que además, según los últimos datos del Eurostat, el espacio europeo haya terminado el año 2012 en recesión.

RAFAEL BÖCKER ZAVARO

*El enigma del capital y las crisis del capitalismo*

David Harvey

2012. Madrid: Ediciones Akal

*El precio de la desigualdad. El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*

Joseph E. Stiglitz

2012. Madrid: Taurus

*España destino tercer mundo. Endeudados, sin fábricas, sin empleos y atrapados por el corralito*

Ramon Muñoz

2012. Bilbao: Deusto

*La torre de la arrogancia. Políticas de mercados después de la tormenta*

Xosé Carlos Arias y Antón Costas

2011. Barcelona: Ariel

*Esta vez es distinto: ocho siglos de necedad financiera*

Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff

2011. México: Fondo de Cultura Económica

**Austeridad y neoliberalismo**

La medicina de la austeridad compulsiva, basada en recortes arbitrarios de gastos sociales para reducir la deuda y en devaluaciones internas de salarios para ganar competitividad, tiene como efecto un incremento enorme de la desigualdad social. Hay, en la actuali-

dad, una desigualdad brutal y ofensiva entre el sueldo del conjunto de los altos ejecutivos y del resto de los ciudadanos; una diferencia que, además de no basarse en realidades económico-empresariales, evidencia la ideología de la nueva clase dirigente. A la vez, con esta brutal desigualdad social y de clase como valor normalizado, se construyen las bases para una ideología social e individual donde lo que cuenta es el enriquecerse de la forma que sea, al precio que sea y lo más rápidamente posible. En este marco, la moral social del capitalismo democrático y productivo está destruida.

El libro de Joseph E. Stiglitz, *El precio de la desigualdad*, expone cómo la pauta de la austeridad compulsiva, impuesta por ejecutivos que anteriormente especulaban con el dinero de los inversores-accionistas, no supone ningún crecimiento económico cierto. Solo es un factor de enriquecimiento de grandes bancos y entidades financieras a costa de un gran empobrecimiento de la economía productiva real. Esta pauta de austeridad se ha mostrado ineficaz al apoyarse, por un lado, en quienes creen que los mercados en su mayoría funcionan bien por sí solos y que la mayoría de sus fallos son en realidad fallos de gobierno. Por otro lado, y como consecuencia de este supuesto, se ha ignorado lo que la teoría económica ha demostrado: que los mercados no existen «en abstracto». Como mínimo, indica Stiglitz, la teo-

ría económica ha demostrado que los mercados funcionan bien cuando la rentabilidad privada y la rentabilidad social están bien alineadas, y que no funcionan bien cuando no lo están. De ahí la tesis central de *El precio de la desigualdad*, según la cual tras el aumento inaudito de la desigualdad durante los últimos treinta años subyace una batalla de ideas —acerca de qué tipos de sociedad y qué tipos de políticas son los mejores para la mayoría de la ciudadanía—; y en esta batalla se ha visto un intento de convencer a todo el mundo de que lo que es bueno para el 1%, de que lo que le preocupa a los de arriba y lo que estos desean, es bueno para todos; es decir, bajar los impuestos a los de arriba, disminuir el déficit, reducir el tamaño del gobierno... En esa batalla ha resultado derrotado el principio keynesiano de que un aumento equilibrado de los impuestos y del gasto estimula la economía, y si el programa está bien diseñado (impuestos a los ricos, gasto de educación), el aumento del PIB y el empleo es altamente significativo.

Esta batalla de ideas ha conducido, tal y como se desarrolla en el libro de Xosé Carlos Arias y Antón Costas *La torre de la arrogancia*, a un cambio en el equilibrio entre gobiernos y mercados. Lo intrigante de este cambio en el balance de poder que trajo la globalización financiera ha sido la notable pérdida de referentes ideológicos de las políticas macroeconómicas. Es este

un fenómeno que es definido como una victoria de la eficiencia y la pura racionalidad sobre las *ilusiones ideológicas del siglo xx*; ilusiones que en gran medida fueron arruinadas tras la caída del socialismo real. Arias y Costas exponen que la pérdida de referente ideológico es el resultado del simple *diktat* del pensamiento único, que no deja margen alguno para las diferencias en los proyectos de construcción social en el sentido de que los criterios de la política económica no se producen sobre una línea equidistante entre política y mercados, sino con un predominio claro de las ideas promercado. Esto equivale a decir que el desarme ideológico de las políticas keynesianas avanzó únicamente en una dirección: imponer la idea de que la economía de mercado había alcanzado un estado de perenne estabilidad. Se trata de una imposición que ayuda a entender la quiebra que la crisis financiera de 2007 ha significado para el modelo de política económica vigente durante la era de la globalización financiera; un modelo basado en la idea de información completa de los agentes económicos.

Al respecto, Nouriel Roubini y Stephen Mihm, en *Cómo salimos de ésta* (2011, Barcelona: Destino), describen como sigue las causas que han motivado dicha crisis financiera:

«eso es lo que sucedió durante los años 2007 y 2008. Cuando los propietarios de viviendas dejaron de pagar sus hipotecas, se hundió el valor de los

títulos derivados de esos préstamos y comenzó el estallido de la burbuja. Finalmente, las pérdidas que sufrieron las instituciones financieras sumamente endeudadas las obligaron a protegerse y limitar su exposición al riesgo. Tal como sucede en toda crisis, los bancos sobrecompensaron: redujeron sus gastos y la concesión de préstamos, desencadenando así una crisis crediticia y de liquidez en el conjunto de la economía. Los particulares y las empresas ya no podían refinanciar su actual deuda, y mucho menos gastar dinero en bienes y servicios, por lo que la economía empezó a contraerse. Lo que empezó como una crisis financiera se propagó a la economía real, y causó así una gran cantidad de daños colaterales [...]. En teoría, las agencias de calificación crediticia (Moody's, Fitch, Standard & Poor's) deberían haber dado la voz de alarma. Sin embargo, fiarse de las agencias de calificación era como fiarse de que un zorro vigilara un gallinero: tenían toda la motivación del mundo para dar una calificación alta a los valores que revisaban. Al hacerlo, se aseguraban una buena comisión de las propias entidades que evaluaban y la promesa de futuros negocios; en cambio, ofrecer una evaluación realista podía comportar perder la comisión, además de cualquier comisión futura. Era mucho mejor conceder a un banco el equivalente financiero del sello de aprobación de Good Housekeeping y cruzar los dedos. En vísperas de la cri-

sis, las agencias de calificación obtuvieron más de la mitad de sus beneficios otorgando calificaciones AAA (las de riesgo de crédito más reducida), muchas de ellas no merecidas, a exóticos productos financieros. Pero la historia no acaba con la corrupción de las agencias de calificación [...].

»Mientras que en 1981 la deuda del sector privado de Estados Unidos equivalía al ciento veintitrés por ciento del Producto Interior Bruto (PIB), a finales de año 2008 se había disparado hasta el doscientos noventa por ciento. La deuda se disparó por todo el sector privado. El sector corporativo fue el más prudente: su deuda total aumentó del cincuenta y tres al setenta y seis por ciento del PIB. Las familias mostraron menos contención. En Estados Unidos, la deuda de los hogares suponía el cuarenta y ocho por ciento del PIB en 1981, pero en el año 2007 había aumentado hasta el ciento por ciento. El coeficiente entre la deuda de los hogares y las rentas disponibles pasó del sesenta y cinco por ciento en 1981 a un asombroso ciento treinta y cinco por ciento en 2008. Gran parte de esa deuda llegó en forma de apalancamiento en el sector inmobiliario, ya que los compradores adquirirían viviendas cada vez más caras con cada vez menos capital [...]. Pero si la deuda aumentó en las familias y en el sector corporativo durante ese periodo, el sector financiero pasó a depender en gran medida de la deuda: entre 1981 y 2008, esta se

incrementó del veintidós al ciento diecisiete por ciento del PIB, es decir, se multiplicó por más de cinco. A la práctica de utilizar endeudamiento para financiar una inversión se la denomina apalancamiento».

El modelo de globalización financiera está entonces en el centro de la actual vorágine de presión económica que, según dice Ramón Muñoz en *España, destino tercer mundo*, acabará de un plumazo con el paréntesis de prosperidad del que nuestro país ha disfrutado en las últimas décadas y que los españoles creían eterno. Como lo creyeron los argentinos que adoptaron de forma suicida el dólar como moneda social con la misma ligereza con la que los españoles se pasaron al euro. Según Ramón Muñoz, Argentina se sumió en 2001 en un empobrecimiento general con ricos y pobres, sin términos medios, como modelo social, y el populismo y la corrupción como sistema político. Pues bien, según este autor, la argentinización de España será una realidad en 2013, si no lo es ya. Los jóvenes más preparados tienen como única salida la emigración; y el resto es carne de cañón de las villas-miseria que se están levantando en las afueras de las sociedades españolas. Los trabajadores —los que tienen empleo y los que lo buscan— van camino de convertirse en *lumpen*, sin conciencia de clase, con salarios de supervivencia, predestinados a jubilaciones con pensiones asistenciales.

En *España, destino tercer mundo* se evidencia que el «argumento de eficacia de la autoridad» no tiene, aparte de fundamento económico, ni pies ni cabeza; de ahí que las autoridades europeas tengan que revisar esa cruzada a favor de la austeridad compulsiva, ya que «la felicidad individual solo puede construirse en una sociedad donde sea posible la felicidad pública, como un bien al que tienen derecho todos los ciudadanos. Sin condiciones colectivas para la felicidad pública no es posible la felicidad privada, que es el ámbito y espacio vital en el que vive y se desarrolla la felicidad del individuo. Y la libertad pública es la esencia teórica e imprescindible donde florece la libertad individual» (Dídac Fábregas, *El Estado subvencionado contra el Estado del Bienestar*, 2012, Barcelona: Ediciones Invisibles).

Pues bien, la lectura del libro de David Harvey, *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, da pistas sobre cómo cuestionar el «principio de austeridad compulsiva», apoyándose en la idea de Warren Buffett, el sabio de Omaha: «ciertamente —indica Buffett— hay guerra de clases; pero es la mía, la clase de los ricos, la que la ha declarado y la estamos ganando». Y es que el neoliberalismo del libre mercado alude a un proyecto de clase que cobró vida durante la crisis de la década de los 70; enmascarada bajo una espesa capa retórica sobre la libertad individual, la responsabilidad social, las virtudes de

la privatización, el libre mercado y el libre comercio, en la práctica legitimó políticas draconianas destinadas a restaurar y consolidar el poder de la clase capitalista.

Este proyecto ha tenido éxito, a juzgar por la increíble centralización de la riqueza y poder observable en todos los países que emprendieron la vía neoliberal, y no hay ninguna prueba hoy de que se haya debilitado. Se explica entonces que cuando los gobiernos y los economistas expertos parecen tan despreocupadamente inconscientes del carácter proclive a las crisis del capitalismo, cuando ignoran tan alegremente las señales de alarma que claman en torno a ellos y clasifican los años de inestabilidad y desazón desde que entramos en el nuevo milenio como de «gran moderación», se puede perdonar a la gente de la calle que entienda tan mal qué es lo que la golpea cuando sobreviene la crisis y que confíe tan poco en las explicaciones que los expertos le ofrecen. De hecho, cuando los economistas han confesado que no entienden los «riesgos sistémicos» inherentes al capitalismo del libre mercado parecen no tener ni idea tampoco de qué hacer con ellos. Así, explica Stiglitz, un antiguo economista jefe del Fondo Monetario Internacional (FMI), dice: «sabemos vagamente qué es un riesgo sistémico y qué factores podrían estar relacionados con él, pero suponer que existe una ciencia bien desarrollada al respecto es una exageración». En con-

tra, en la teoría marxista (a diferencia de lo que sucede en la miope teoría económica neoclásica o financiera), el riesgo sistémico alude a las contradicciones fundamentales de la acumulación de capital. El FMI puede evitarse muchos problemas estudiándola. En el libro *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Harvey ha tratado de ilustrar, tan claramente como podía, las razones de la proclividad del capitalismo a las crisis (como la que estamos todavía atravesando), el papel de estas en la reproducción del capitalismo y los riesgos sistémicos a largo plazo que el capital supone para la vida en el planeta tierra.

Arias y Costas indagan en *La torre de la arrogancia* sobre otro olvido: los *animal spirits* de los que había hablado Keynes; una noción en la que se destaca el efecto en el comportamiento de los efectos económicos que tienen los impulsos y sentimientos relacionados con la confianza o la desconfianza, la corrupción y el fraude, la equidad y la justicia. O con el «diablo de la incertidumbre», esencial para comprender las conductas económicas. Unos y otros habían desaparecido de la teoría macroeconómica basada «en el supuesto de las expectativas racionales y de la teoría financiera de los mercados eficientes» que dominó (y continúa haciéndolo) en la economía de las dos últimas décadas. El objetivo que persigue ahora el restablecimiento de todo ello en las explicaciones del funcio-

amiento de la economía es recobrar el equilibrio entre relevancia y realismo en el análisis económico. Para lograrlo, Arias y Costas indagan en otro olvido importante que puede afectar también a esa necesaria redefinición del conocimiento económico: la dimensión histórica de los hechos económicos. Esta afirmación sorprenderá a quien no esté familiarizado con el modo característico de razonar de la teoría económica. Se preguntará ¿pero es que los economistas ignoran la historia a la hora de formular sus análisis?, pues, en gran medida, así es. Y no solo ahora, sino desde hace más de un siglo. En efecto, en su esfuerzo por erigirse como ciencia pura a imagen de la física y las matemáticas, basada en el razonamiento deductivo a partir de premisas iniciales, la economía se planteó a partir de 1870 construirse al margen del conocimiento histórico. De hecho, ese esfuerzo fue el resultado de la reacción frente al historicismo económico como metodología para el conocimiento. Una metodología, esta última, que todo lo fiaba a la mera inducción a partir de la acumulación de datos históricos. De esta célebre querrela de los métodos, que tuvo lugar a finales del XIX, la corriente neoclásica salió como clara vencedora. Desde entonces predomina en la economía la formulación de teorías abstractas al margen de las circunstancias de espacio y tiempo, aplicables por igual para explicar, por ejemplo, la

formación de los precios en la Alemania de 2008 o en España en 1820.

En *Esta vez es distinto: ocho siglos de necedad financiera*, uno de los más celebrados ensayos producidos hasta el momento sobre los orígenes y el desarrollo de la Gran Recesión, Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff han explicado con abundancia de datos que la crisis financiera que comenzó con el pinchazo de la burbuja *subprime* no es nada excepcional sino una más en la larga cadena de crisis que se repite nada menos que desde hace ocho siglos (ese es el marco temporal que estudia el libro de Reinhart y Rogoff). En sus propias palabras, la profesión de los economistas tiene una infortunada tendencia a ver la reciente experiencia desde la estrecha ventana ofrecida por las bases de datos estándar; contrariamente, los datos de Reinhart y Rogoff revelan, según ellos mismos indican, que el fenómeno de quiebras en serie es un rito de paso universal a través de la historia para casi todos los países en la medida en que vaya evolucionando su estado de desarrollo. En esos datos los autores hallan, que históricamente las oleadas significativas de movilidad del capital son seguidas por una secuencia de crisis bancarias internas. Entre sus conclusiones, estos autores advierten que en una perspectiva de muy largo plazo (1800-2006), la repetición de episodios de suspensión de pagos de la deuda soberana constituye la norma en todas las regiones del mundo, y que

los periodos de alta movilidad internacional del capital han producido, de un modo repetido, crisis bancarias de dimensión transnacional. Es decir, nada nuevo bajo el sol. Las crisis financieras son un fenómeno conocido, indefinidamente repetido y mucho más frecuentes cuando los mercados de capitales operan en condiciones de plena libertad, sin restricciones ni regulaciones. La fuerza del argumento de nuestros autores está, en nuestra opinión, sobradamente demostrada en la tesis que articula el libro de David Harvey *El enigma del capital*.

Al final, se ha convertido, en la era de la globalización financiera, en profunda y normalizada la condición de que «nuestro mundo económico irracional, especulativo y virtual era el mundo real» Ello ha llevado a Gilles Lipovetsky (*El crepúsculo del deber*, 2008, Barcelona: Anagrama) a establecer categorías de personajes ideológicamente amorales y defensores de filosofías de consecuencias siniestras, que, por otro lado, cuando bajan al espacio de la concreción «terrenal» de sus filosofías, se aparecen como lo que son: los defensores de los valores financieros más repugnantes del nuevo capitalismo salvaje y de casino. De ahí su cerrada defensa de Wall Street y de los llamados «códigos éticos» de las empresas como contraposición a las reglamentaciones legislativas y a los códigos penales que castigan esas prácticas tan mortalmente criminales

para la estabilidad económica y social de nuestra economía mundial. Seguro que Lipovetsky es el referente «filosófico-moral» de Barnard Madoff y de todos sus colegas de Lehman Brothers, Enron y compañía. Para ejemplificar lo que estamos atribuyendo a este filósofo de la «posmodernidad» creemos de alto interés reproducir literalmente y con amplitud alguna de sus teorías más significativas al respecto:

«En la lista de los deberes hacia uno mismo ninguno ha sido sin duda tan alabado socialmente como el trabajo. Nuestro primer deber es el trabajo, y el segundo la bondad, podía leerse en los manuales de moral y de educación cívica de principios de siglo [...]. Los cursos de moral laica han repetido machaconamente el valor moralizador del trabajo y han estigmatizado la ignominia de la pereza; la moral individual se ha identificado ampliamente con una pedagogía del «trabajador infatigable», ha glorificado el obstáculo y el esfuerzo entendidos como viáticos de la libertad y de la dignidad humana. Esa época ha quedado atrás: el trabajo ha dejado, en lo esencial, de ser considerado como un deber hacia uno mismo [...]. Es verdad que en la empresa se combate el poco ardor en el trabajo, pero, en la opinión pública, se presta más a la sonrisa que al desprecio, la severidad de los juicios se ha difuminado y ya no es indigno reconocer una débil inclinación al esfuerzo y preferir el ocio al trabajo [...]. El derecho a dis-

poner de la propia vida ha prevalecido sobre el deber incondicionado de abonar las propias disposiciones naturales, los deberes en el mundo del trabajo son, en adelante, relativos a la empresa y al otro, no a la propia persona [...].

»El *aggiornamento* posmoralista está en marcha [...]. En una era hedonista e hipercompetitiva, ya no se lleva la cultura del deber de perfeccionamiento de sí. Ya no creemos en el catecismo de las obligaciones categóricas, se necesita la «pasión del cambio», el gusto por las iniciativas, el riesgo y las experimentaciones ultrarrápidas [...]. La nueva era individualista ha logrado la hazaña de atrofiar en las propias conciencias. La autoridad del ideal altruista ha desculpabilizado el egocentrismo y ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo [...]. El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia [...]. Sí a la generosidad, pero a condición de que sea fácil y distante, que no esté acompañada de una renuncia mayor [...]. El momento del imperativo categórico ha dado lugar a una ética mínima e intermitente de la solidaridad compatible con la primacía del ego.

»Al igual que el trabajo se ha apartado de la idea de deber hacia uno mismo, también se ha desprendido masivamente de la obligación moral respecto a la colectividad [...]. La indulgencia social de la que se beneficia el trabajo negro y el fraude fiscal ilustra

de otra manera cómo el trabajo se ha liberado de la noción de deber cívico: en 1988 solo el 13% de los franceses consideraba el hecho de trabajar en la economía sumergida totalmente condenable desde el punto de vista moral, el 58% lo juzgaba no condenable; el 44% de los franceses estimaba no censurable el fraude fiscal. Otras tantas opiniones de esencia individualista que revelan que el trabajo es percibido como una actividad fuente de rentas cuya integridad es legítimo preservar lo más posible, aunque sea en detrimento de la colectividad, una actividad esencialmente al servicio del individuo [...]. La responsabilidad posmoralista es el deber liberado de la noción de sacrificio».

IGNASI BRUNET